



I



ROMA EN EL SIGLO IV



ANTECEDENTES: CARO, CARINO Y NUMERIANO

Caro (282–283)

En las postrimerías del siglo III, la situación volvió a ser tan convulsa como a mediados de siglo y el reinado de Aureliano, aunque había logrado ciertos éxitos, no logró mejorar la situación. Siguiendo su estela, el emperador Probo se preocupó por instaurar disciplina en sus soldados; así, en tiempos de paz, para evitar que se acostumbraran a la molición del campamento o tramaran intentonas golpistas les ordenaba cultivar viñedos y restaurar obras de ingeniería civil. Finalmente, fue asesinado.

Con la muerte de Probo, la púrpura recayó en su prefecto del pretorio, Caro. Marco Numerio Caro fue proclamado emperador a los sesenta años. Había nacido en el 222 en Narbona, parece ser que proveniente de una familia noble, pues con anterioridad había sido senador. Hay testimonios que creen que no sabía nada de la conspiración de los soldados –pese a ser su oficial al mando– y que se sorprendió cuando éstos lo hicieron emperador. En cambio, Zonaras (12.29) afirma que fue Caro quien lideró la usurpación contra su amigo Probo. Sea como fuere, la verdad es que sus actos parecen mostrar cierta premeditación

calculada con anterioridad al golpe. En cuanto fue ascendido a emperador mandó una carta al Senado –que, acostumbrado a ver pasar a emperadores que apenas duraban en el cargo, aceptó su nombramiento– y no regresó a Roma, quedándose en Sirmio.

Parece ser que su principal objetivo como emperador era realizar una campaña contra los sasánidas, para vengar la muerte de Valeriano por un lado y legitimar su autoridad; el hecho de que Probo pareciera querer dilatar una guerra contra Persia fue el detonante que llevó a Caro a intrigar contra él y que lo asesinaran.

No obstante, Caro, antes de lanzarse a la guerra, trabajó por minar la autoridad del Senado. Su idea era la de crear un gobierno personalista y despótico, donde el Senado sólo sirviera para mostrar su aquiescencia y aprobación a sus medidas por lo que recortó prebendas que le habían sido concedidas por Tácito y Probo, emperadores de un carácter “pro senatorial”.

Cuando llegó al poder era, para la época, un anciano, así que entre sus primeras medidas políticas decidió nombrar a sus dos hijos, Carino y Numeriano, como Césares, entregando el gobierno de la zona occidental del Imperio a Carino, pues había problemas en las Galias. Mientras su hijo mayor se encargaba de esa amenaza menor, el emperador decidió a llevar a cabo la invasión persa, para ello, decidió contar con el apoyo de su hijo Numeriano, más político intrigante que militar y entregó el mando estratégico de la operación a un militar de gran valía y leal a su persona llamado Diocles.

No obstante, estos preparativos fueron frenados por una repentina invasión de sármatas y cuados sobre el Danubio, que creyeron que a la muerte de Probo el imperio romano se encontraría débil y podrían invadirlo para obtener ganancias territoriales: de los detalles de la acción no sabemos nada, pero se ha postulado que en el combate murieran dieciséis mil bárbaros y apresaran a veinte mil. Como consecuencia de este éxi-

to recibió el título de *Germanicus Maximus* y, animado por la victoria y con un ejército exultante, se puso en marcha para invadir al sempiterno enemigo oriental.

El emperador se aprovechó que el imperio sasánida se encontraba en una guerra civil y con su frontera occidental completamente desguarnecida para lanzar su ataque. El grueso del ejército sasánida se encontraba en sus provincias orientales, luchando a la vez contra una invasión de pueblos esteparios y contra ciertos nobles rebeldes. Ante esta situación, y como no esperaba un ataque romano, el rey Bahram II dejó sin apenas tropas sus provincias occidentales y Caro supo aprovecharse de esta situación. Así, los soldados romanos invadieron Persia en agosto del 283 y saquearon las ciudades de Coche, Seleucia y Ctesifonte sin que nadie les hiciera frente y sin librar ni un solo combate, únicamente parece ser que se libró una pequeña escaramuza con las tropas que protegían la capital, pero el grueso de la guarnición, al ver al ejército romano al completo ante sus puertas, abandonó la ciudad.

El propio emperador marchaba como un soldado más y Gibbon (I. 13), tal vez llevado por el romanticismo de la época en la que escribió, describe la escena con cierto lirismo: “*Estaba sentado sobre la hierba. Su cena se componía de un trozo de tocino rancio y unos cuantos guisantes duros. Una tosca prenda púrpura era el único detalle que anunciaba su dignidad.*”

Cuando tomó Ctesifonte recibió el título de *Parthicus Maximus* y, ante la falta de resistencia, se propuso cruzar el Tigris con todas sus tropas y proseguir su avance militar, imitando a Trajano y con la idea de seguir la misma ruta que había seguido el emperador hispano en su invasión.

No obstante, pese al triunfo militar, la campaña se vino abajo cuando Caro murió repentinamente. Parece ser que el emperador había enfermado durante la invasión –su anciano cuerpo llevaba dos campañas seguidas a sus espaldas y tampoco

es descartable que hubiese sufrido algún tipo de enfermedad palúdica– por lo que el avance hubo de ralentizarse. La hipótesis de que fuera asesinado también es plausible. Según la tradición, un rayo impactó en su tienda de noche y lo abrasó (aunque, probablemente, alguno de sus soldados fue quien prendió fuego al emperador y la versión oficial decidió “camuflar” el asesinato).

La descripción de su muerte la conocemos gracias a la *Historia Augusta, vita Cari*, 8, donde el “autor” Pseudo-Flavio Vopisco (recordemos que la *Historia Augusta* es una obra escrita por un solo autor anónimo, pero que firma cada una de las biografías que escribe con un nombre distinto) transcribe la carta que el secretario de Caro, Julio Calpurnio, escribió al Senado dando noticia de la muerte del emperador.

“Cuando Caro, nuestro querido emperador, se encontraba enfermo se levantó, de repente, un temporal que produjo una tormenta tan grande que todo quedó a oscuras y nadie se reconocía entre sí; a continuación, una vibración continua de relámpagos y truenos, similar a los destellos de una estrella encendida nos privó a todos de saber lo que pasaba. En efecto, súbitamente, pero de un modo especial después de aquel trueno que había ocasionado el terror general, surgió un griterío unánime anunciando la muerte del emperador. A estos hechos, se sumó la circunstancia de que los escoltas de Caro, afligidos por su muerte, incendiaron su tienda. Por eso, rápidamente, surgió el rumor de que el emperador había sido fulminado por un rayo cuando, por lo que podemos saber, hay constancia de que pereció por una enfermedad.”

Esta carta al Senado es, con toda probabilidad, falsa. Ahora bien, otros autores serios que han escrito sobre este suceso (Eutropio, Aurelio Víctor y Pseudo-Aurelio Víctor) han transmitido la versión de que murió fulminado por un rayo.

Ante esta tesitura, el ejército romano se replegó a sus cuarteles, también sin mantener lucha alguna, y cuando llegó el rey sasánida Bahram II a Ctesifonte, dispuesto a vengarse, no encontró a ningún enemigo en su territorio, pues las tropas romanas ya estaban en suelo romano.

Así, pues, la guerra entre Caro y Bahram II podría definirse como una “guerra entre fantasmas”: no hubo batallas, no hubo muertos, es más, los contendientes ni se vieron cara a cara, pero Ctesifonte fue saqueada, la ciudad de Coche quedó abandonada y Caro acabó quemado vivo, siendo, prácticamente, la única baja de la guerra.

Pese a la brevedad de su reinado, podemos decir que Caro fue un emperador exitoso; es cierto que sus políticas eran anti-senatoriales y buscaba volver a fundar una monarquía militar. No obstante, junto con Aureliano y Probo, fue uno de los mejores emperadores del siglo III; aunque, si algo caracteriza a este siglo es una constante sucesión de emperadores inútiles (como Gordiano I, Valeriano, Decio o Treboniano Galo) que fueron incapaces de solventar los periodos de crisis que les tocó vivir. Si a esto sumamos que los emperadores más diligentes tuvieron reinados breves o se granjearon la hostilidad de sus soldados, podemos entender por qué la política romana vivió durante un siglo en una situación turbulenta.

Carino y Numeriano (283)

Como hemos indicado, Caro llegó al poder con una edad proecta y él mismo era consciente de esa situación, pues a lo largo del siglo III tan sólo tres hombres alcanzaron el poder con más edad que él: Gordiano I se hizo con la púrpura con 79 años y se suicidó, ahorcándose con su propio cinturón, tras 36 días de reinado; Pupieno llegó a emperador con 73, y Tácito con 75. Todos ellos, además, habían tenido reinados breves por lo que Caro era consciente de que su fin estaba cerca. Por